

CARRICATURA

Adolfo Moya Muro



¿Cuáles serán sus preferidas, las rubias, las morenas?...

Vinos españoles
legítimos

Y LICORES EXTRANJEROS

*Precios fijos.—Carrera
Guayaquil, Núm. 33*

F. E. Cabeza.



Icy-Hot

Las botellas al
vacío de la mejor
calidad.

Conservan el
contenido.

Hirviendo, 24
horas.

Helado, 3 días.

Botellas de me-
dio litro y un litro, de
boca angosta y ancha, de
varios modelos, desde 4 sucses.
El mejor surtido, se encuentra
siempre donde



Rafael Fuente & Cía.

César L. Ribadeneira

REALIZA:

Artículos eléctricos, jugue-
tes gran surtido, atrapa mos-
cas, medias de seda para se-
ñora, calcetines, etc.

Plaza de la Independencia.
Bajo del Palacio

de Gobierno, N° 8.

J
A
B
O
N
G
I
T
A
N
A

BANCO SUR-AMERICANO

Quedan abiertas las operaciones de *Depósitos, Cuentas Corrientes y Cobros* en las siguientes condiciones:

Por las cuentas corrientes abonamos el **3 por ciento anual**.

DEPOSITOS:

De 15 a 90 días pagamos el **3 por ciento anual**

De 90 a 180 " " 4 " " "

De 180 a 360 " " 6 " " "

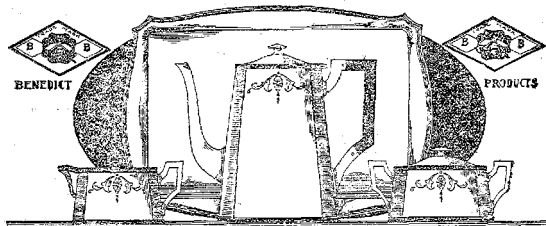
DESCUENTOS: **8 por ciento.**

Quito Mayo 10 de 1919.

Por el Banco Sur-Americano,

R. de Mesa.

GERENTE.



El surtido más completo en juegos de Té, Compoteras, Floreros, Centros de Mesa, Fumadores, tinteros, lamparitas chicas de luz eléctrica, bolsas de plata, relojes de mesa chicos de lindas formas, boquillas finas, cortaplumas, bastones con puño de oro, manicures, medallas de oro de toda clase y muchísimos artículos propios para regalo acaban de llegar a la Joyería de

Guillermo LOPEZ N.
BAJOS HOTEL FROMENT

Precios bajos.— Artículos de primera clase.—No deje de visitar en estos días nuestro almacén.

Terminada la Gran Guerra

TODO EL MUNDO A ILUSTRARSE

Suscribiéndose, sin pérdida de tiempo, a las Bibliotecas Circulantes de las Librerías "Sucre" de Bonifacio Muñoz, establecidas en

QUITO
Pasaje "Royal"—Apartado Núm. 315.
Frente a la Universidad

GUAYAQUIL
Calle "Pichincha"—Apartado Núm. 429.
Frente al Banco Agrícola

En las cuales se efectuarán las siguientes operaciones:

Novedades de Libros, editados en las naciones americanas y en Europa llegarán continuamente.

Librería Extranjera por su selección y abundancia, será la más completa en su género.

Librería Nacional, única en su clase que da a conocer al país los escritores nacionales, por medio de su catálogo que se envía a las Bibliotecas y Librerías extranjeras a toda persona que lo solicite. También en esta sección constará el último libro editado y la última revista, para lo cual se suplica a los autores o editores den a conocer todas sus producciones.

Bibliotecas de Alquiler. Surtido amplio y completo. El ideal para todo LECTOR por su pensión módica en las suscripciones.

Comisiones de toda clase de libros y revistas y *Pedidos* en cualquier idioma, por cuenta del interesado.

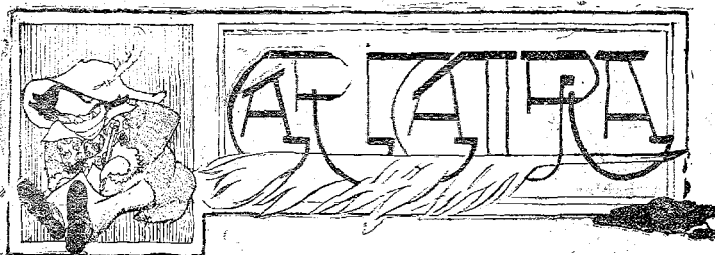
Compra y Venta de libros nacionales y extranjeros.

Compras en general.

Solicitudes: "Autores y Libros". Prospectos de las Bibliotecas de Alquiler establecidas en Quito y Guayaquil. Catálogo de obras de autores nacionales, el más completo publicado hasta la presente, y Catálogos de las "Bibliotecas de Alquiler".

Todo Pedido a las Librerías "Sucre" de Quito y Guayaquil, será enviado franco de porte y con un descuento proporcional, según el valor del pedido.





SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

NUEVA SERIE

Quito, Setiembre 14 de 1919

NÚMERO 38

A **Zamacois**, el autor de "Años de miseria y de risa" dedicamos estas páginas de juventud y de enueño, en las que naturalmente "sólo hay erratas", pero que son trozos de nuestras vidas locas "también sin corregir".

LL. RR.

Con Don Eduardo Zamacois

Es el ilustre novelista D. Eduardo Zamacois, un hombre alto y fuerte, que viste muy correctamente y camina con un aire conquistador y resuelto, seguro siempre de sí mismo. Tiene los cabellos blancos, pero no por un exceso de años, como podría creerse. Emilio Carrere, ha descubierto en ellos, y quizás tenga razón, "una gran coquetería de este gran enamorado".

Dos arrugas paralelas que le dividen el entrecejo, han impreso en su rostro casi infantil, la voluntad y energía admirables de su temperamento.—Y los ojos?—Dejémosle continuar al poeta, que los ha aprisionado en una sola frase, cuando ha dicho: "Tiene tanto fuego iluminado en los ojos!"—Sí, nada más exacto, porque esos ojos dotados de una movilidad extraordinaria, están

ardiendo siempre de enseo, de vida y de amor...

Y, la otra tarde, fuimos a visitar al artista.

Al subir las escaleras del hotel, nos dominaba fuertemente la emoción.

Después de pocos momentos íbamos a hablar con el ilustre novelista y a estrechar las manos que tantas bellas páginas han escrito.

—Es peligroso conocer de cerca a los astros—ha dicho alguien. Pero la curiosidad y el optimismo de nuestros veinte años, triunfan sobre todas las filosofías hipotéticas, y el demonio de la inquietud nos hace llegar de prisa a escuchar al que se ha adelantado, para luego enseñarnos, el camino de la vida...

Pero ya estamos. Con una sonrisa amable viene a nuestro encuentro el novelista. El ruido de sus pisadas se ahoga entre los motivos que hacen el encanto de una gran alfombra espesa, y vieja, y señoril, que decora el piso del salón.

Tomamos asiento, y Nicolás Delgado que le ha pedido una *pose* para este semanario, se improvisa un caballete. Una silla, una tabla cualquiera, extiende la cartulina, prepara los carbonos y se dispone a comenzar. Don Eduardo Zamacois está en *pose*. Nuestro dibujante, que es muy poco exigente, le dice que puede continuar hablando.—A propósito—empezó el hábil *causur*—tuve en cierta ocasión la suerte de asistir a una *pose* que concedió el sabio historiador don Ramón y Cajal al pintor Joaquín Sorolla, quien, claro está, le hizo un retrato admirable. Pero lo original es el choque curioso que producía el encuentro de estos dos temperamentos tan diferentes. Cajal, hombre de gran voluntad, moreno y enjuto, afirmativo y escueto

como Ignacio de Loyola; y Sorolla, nervioso, inquieto, dudando y preguntando siempre, y no obstante siempre seguro de sí mismo.

Esta pequeña historia, referida por Zamacois con abundancia de detalles, adquiere tal fuerza de expresión, y tiene tanto interés, que necesariamente la oímos con atención. Sabe dar tanto colorido y movimiento a las palabras, el gesto está tan bien en todos momentos; y el análisis de sus persona es tan exacto, que cuando hubo concluido, casi teníamos la seguridad de conocer mucho la psicología íntima del sabio navarro y del pintor levantino.

Zamacois, que cuenta con un repertorio innumerable de anécdotas para todas las circunstancias, sigue en esta ocasión hablando de sucesos muy curiosos ocurridos entre artistas y modelos, hasta que la conversación llega insensiblemente a donde nos proponíamos que llegue. Hacia la gran revista de arte y literatura que se propone fundar en París después de pocos meses. Sí—ha dicho—apenas concluya estas conferencias en las repúblicas americanas, que será seguramente a fines de este año, pienso volver a España y de allí pasaré a París a trabajar la revista. El nombre que llevará, no se me ha ocurrido todavía, —pues, vea usted, es algo muy difícil y que hay que pensarlo mucho... Pero será una gran revista, como "Mundia" de Dario, ilustrada y a todo lujo. Quiero también que sea una gran tribuna, sobre todo para los americanos, que tenga interés en América. Desde el primer número, pienso sacar una edición de cincuenta o sesenta mil ejemplares. Quiero enseñar a los intelectuales jóvenes

de América a ser periodistas, que no sean líricos solamente. Y después añadió: —Es tan fácil que ustedes triunfen en Europa! —Dice haber hablado con muchos jóvenes que se quejan porque nunca les publican sus producciones que han enviado.—Es claro, anota Zamacois, si lo primero que hacen es mandar versos, versos a la raza, a Cristóbal Colón, al Cid, a la luna o a cualquiera otra antigüedad; y luego, naturalmente los rechazan, porque para poetas, en España ya tienen muchos, y siempre preferirán los de Emilio Carrere por ejemplo, a los de un desconocido. Pero si escriben una crónica o un artículo por sencillo que éste sea y más aún si va subrayado con alguna fotografía, ya verán ustedes si no lo publican inmediatamente

en el «Nuevo Mundo» o en cualquiera otra Revista que se les ocurra. Ustedes no son ahora periodistas, pero tienen que llegar a serlo.

Delgado había concluido su trabajo; y, nos levantamos todos. Afuera la lluvia azotaba fuertemente los cristales. Zamacois se sienta al piano y ejecuta aires andaluces. Como el chaparrón no pasa, la conversación se reanuda. Las palabras animadas del artista tienen el mágico poder de hacernos olvidar las horas. Hemos pasado allí casi toda la tarde; y cuando salimos, brilla un sol agonizante . . . Y entonces, tal vez soñando en futuras grandes triunfos, ambulamos por las calles transparentes y ligeramente ocres en la hora vespéral. RAMIRO DE SYLVA.

NOTAS

Todas las personas que quieran suscribirse a este semanario, pueden hacerlo en la Librería *Roberto Cruz*.

Diríjense al Sr. L. E. Camacho.

Anuncios en *Caricatura* pueden contratarse con nuestros Agentes, que tienen instrucciones especiales al respecto.

CARICATURA circula profusamente en este mundo y en el otro.

De la Cámara imberbe



Latorre
XX

Del pensil —facvngveño—

Crónicas Parlamentarias

DESDE LA BARRA

El señor Coronel Lasso ha dicho en la sesión del jueves: "Yo soy un hombre *"libre"*."

El jueves fui al Congreso a cumplir con mi resolución hecha en la semana anterior, de asistir, en ésta, lo más puntualmente a los debates legislativos para así no hacer crónicas de memoria, pero ¡imposible! Zamacóis nos absorve y, con perdón de los señores del Congreso, nos ha interesado más que el Parlamento.

En esta crónica no voy tampoco a hacer un recuento de los incidentes parlamentarios de la semana, ni siquiera de una sesión. Me bastó estar diez minutos en la Cámara para forjarla. Allá va, lector, recíbela como te parezca.

Te contaba al comienzo que el señor Coronel Lasso ha dicho en la sesión del jueves: "yo soy un hombre *"libre"*."

Azorio, famoso cronista parlamentario, se preguntaría en seguida—según Zamacóis—"Por qué ha dicho "Soy un hombre libre, el Coronel Lasso?"

Y yo contestaría inmediatamente: "Porque le dió la gana". Este Coronel Lasso dice las cosas solamente porque le da la gana de decirlo, le basta simplemente esta razón, y le sobra. Apenas hay un hombre más original que el Coronel Lasso; en mi vida le he oído hablar otra cosa que rafafalais; pero como las dice en voz muy alta y levantando la cabeza todo el mundo cree que son sentencias. Todo el mundo menos yo. Por más que se erofe.

Y el Coronel Lasso tiene una voz hostil, una voz que hiere los oídos con su timbre áspero, una voz muy a propósito para dominar soldados, no para hablar en un Parlamento. Pero el señor Coronel Lasso trata de conquistarse una popularidad barata. Y

la está consiguiendo ¡son tantos los imbéciles!

"Yo soy un hombre libre".

Un desplante como muchos de los suyos.

Sin embargo la frase cayó como un latigazo sobre todos los Honorables.

Gritos... pendeñcias... algazara de plaza de mercado. Suena el timbre de la Presidencia. Después receso.

Inmediatamente se dirigen muchos Senadores enfadado contra Lasso. Se aumenta el barullo. Escena de gran espectáculo. El doctor Villavicencio cree que el Coronel Lasso ha dicho que es un hombre *digno*. Y, eso es un insulto a los demás. Villavicencio grita. Lasso grita mucho más. Se habla de padrinos...!, de duelo...!, del honor...!, del valor...!, pero alguien dice que de ahí no pueden salir padrinos sino para un bautizo. Intervienen algunos colegas, y... por fin, se restablece la calma. El incidente ha concluído.

El señor Coronel Lasso sale casi triunfante por la puerta de la Secretaría pero con tal mala suerte que tropieza con la mirada iracunda de los ojillos del doctor Montalvo. El doctor Montalvo habla también de esperar los padrinos. Con esa voz sollozante y temblorosa que tiene parece suplicar al Coronel Lasso que le envíe los padrinos. Francamente el concepto expuesto disgusta con la voz, esa voz meliflua del doctor Montalvo, esa voz de capellán de monjas, hecha más bien para cantar latines que para lanzar desafíos y discursos parlamentarios. La voz del doctor Montalvo está fuera de su centro en los salones del Congreso, sonara mejor en la penumbra litúrgica de una capilla conventual. Pero así y todo, el doctor Montalvo ha retado a duelo a otro Senador, y el

incidente termina también... con un abrazo fraternal . . .

Luego los Honorables se instalaron en sesión secreta y en Congreso Pleno.

Los reporters de los periódicos y los empleados de la Secretaría quedan esperando mientras la lluvia cae melancólicamente.

Yo, yo no espero; ¿para qué? Tengo la esperanza de contar a mis lectores en otra crónica; algo de lo que a puerta cerrada, sucedió dentro de los salones del Congreso el jueves por la tarde.

¿Acaso no os puedo decir lo que

pasó en otra sesión secreta de hace pocos días, cuando se ventilaba el asunto del ferrocarril a Loja; y un diputado de esa provincia se paró y dijo que pedía la votación nominal por que quería saber cuáles eran los representantes que estaban porque la provincia de Loja siguiera perteneciendo al Ecuador y cuáles porque se separe? . . .

Pero, no va más allá ni indiseración, y concluyo como Azorín:

"Lector: este es el Parlamento".

ALONSO QUIJANO.

O T O Ñ O

En el parque yo sólo . . .
Han cerrado,
y olvidado
en el parque viejo, sólo
me han dejado.

La hoja seca
vagamente
indolente
roza el suelo . . .
Nada sé,
nada quiero,
nada espero,
nada . . .

¡Sólo
en el parque me han dejado
olvidado
. . . y han cerrado.

Manuel MACHADO

Carrera - García Moreno

En la casa número 30, y frente a la Iglesia de
¡SANTA BARBARA!
hay un departamento amoblado e independiente.
Nada más.



...y ella me sonrió con los ojos.

A ESCOTE

«Iba el caballero—escribe Cervantes—con hambre y el escudero con ganas de comer».

Cito esta frase, de sabroso «humor», a propósito de la bondadosa influencia de París aún sobre aquellas de nuestras necesidades más apremiantes y crueles.

La debilidad de comer, verbigracia...

Inútilmente procuro representarme el espanto mortal, el horror de lentitud y silencio, que para cualquiera de nosotros tendría un día sin pan en una vieja ciudad de Castilla: desiertos los callejones tortuosos, las casas cerradas, el casino vacío y dormido tras la penumbra de sus persianas y bajo la vastedad de un cielo tórrido y azul; el campanario de la iglesia, con su nido de cigüeñas y su fastigio de mosaicos. ¿Dónde estarán la invención risueña, el Improvisto, pintoresco y divino, que ofreciéndose de súbito a nuestro paso ha de salvarnos?... ¡Oh, no! No acechemos nada; allí no existe la sorpresa, y de consiguiente, de nadie esperemos auxilio. Será la nuestra una suerte adusta, quieta, sin frivolidad, terrible, como el paisaje; la agonía de la planta que desfallece de sed sobre un muro. En esos pueblos cuyos vecinos tienen, a lo largo de los años, el mismo traje, la misma conversación y la misma sonrisa, los cascabeles de locura del padre Azar no sonarán nunca.

En cambio, en París, para nosotros, los devotos del arte, el hambre no existe. Allí «las ganas de comer» se aristocratizan y constituyen un deseo de tomar vermouth, de instalarse en un café del boulevard para ver mujeres bonitas; cuando más, son una laxitud de piernas y una suave indiferencia espiritual. Pero apenas esta sensación comienza a molestar, cuando los donaires de un cinematógrafo al aire libre, o la suprema elegancia de una aventurera que, al apearse de un automóvil, pasó a nuestro lado, nos devuelven la inconsciencia y la risa. ¿Qué tiene la Ciudad—Sol que todo en ella, hasta sus propios dolores, al rodar sobre el limpio asfalto de sus aceras,

se hacen alegría? ¿Qué milagrosos efuvios de consuelo irradian los museos del Louvre, las joyerías de la calle de la Paix o las extravagancias finambulescas de Clichy, que así edulcoran las tribulaciones de nuestra carne?

Yo creo que ese contento nace del Azar. París es la ciudad de lo heteróclito, de lo imprevisto, París es encantador, porque es ligero, revuelto, desconcertado, anormal, y no comprende que pueda haber dos horas iguales. Por la urbe inmensa, de día y de noche, para alivio de desheredados, la madre Casualidad, divinidad excelsa, pasea su sonrisa

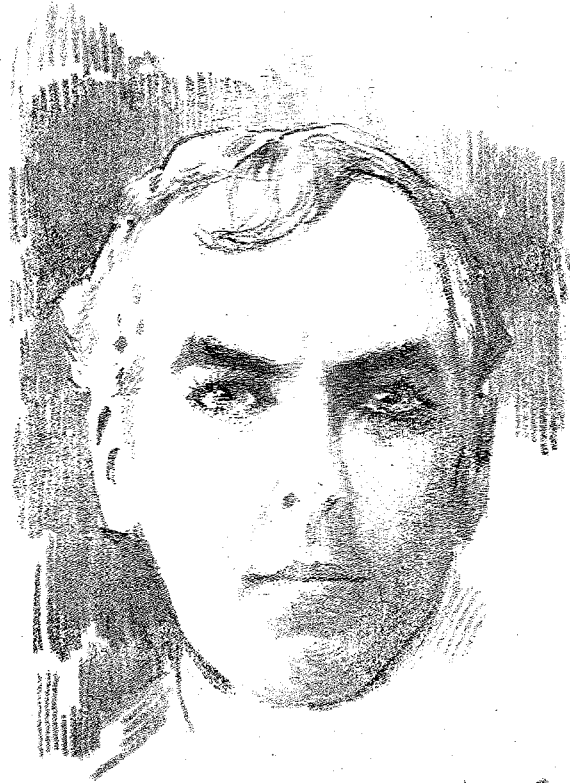
He olvidado tu nombre, mujer; pero te llamas Alicia, Berta, Margarita o Elisa... ¿Qué importa?... Recuerdo que eras alta y joven, y que cuando nos conocimos llevabas un abrigo de paño rojo que casi te cubría la fimbria del vestido, y sobre el oro de tus cabellos una gorrita blanca. Esta imagen hasta a mi corazón y florece en mi ingrata memoria con un perfume de jazmines, tu aroma predilecto. ¿Ves cómo evoco y preciso detalles? De todo me acuerdo: de la belleza, pulida por la ociosidad, de tus manos; de la tristeza de tus ojos azules, de tu voz... pero no de tu nombre. ¿Cómo mis labios perdieron la costumbre de llamarte?

¿Eras Alicia?... ¿Susana quizás?...

Tú, probablemente, tampoco habrás olvidado aquella mañana—vernal debía ser—en que una pirueta de la Suerte decretó que almorzásemos juntos.

¡Almuerzo excelente, porque, entre plato y plato, todas fueron risas!...

Yo vivía entonces solo, en un soba-banco. Mis modestos asuntos marchaban desmayadamente; en las casas de Bouret y de Garnier escaseaban las traducciones, y como todavía era bizoño en esta amadísima y desgobernada república de las letras, los periódicos españoles se acordaban poco de mí. Confesado esto, nadie extrañará que



R. Delgado E.
1949

todas las mañanas la primera atribuladora interrogación q' mi necesidad sometía a mi conciencia, fuese la siguiente:

«¿Qué empeñaré hoy?»..

Camino del Monte de Piedad mis prendas mejores—excepción hecha de las personales, que nadie quería—se habían marchado: un gabán, un alfiler de corbata, dos sortijas. ¡hasta un traje de *smocking*, flamante!.. Ni la curiosidad de acabar el libro que empecé a leer, ni la inquietud dolorosa de la página que la víspera dejé a medio concluir, bastaban a sujetar mi atención; y el problema ineluctable, angustioso, del día que empezaba, servía de potro terrible a mi pensamiento:

«¿Qué empeñaré hoy?»..

El objeto destinado aquella mañana al sacrificio—yo lo había resuelto de antemano, y por eso dormí tranquilo—era el reloj.

Vosotros, los pobres, los hijastros de la Suerte, que por individual experiencia conocéis estos menudos dolores, ¿no es cierto que la pignoración de un reloj cuesta mucho trabajo?... Es decir, me explicaré. Si vamos por la calle, con amigos, y se trata de allegar recursos para proseguir una fiesta, entonces ocurre al revés; lo primero q' empeñamos es el reloj, como si enagaoándolo quisiéramos olvidar que las horas dichas en que estamos finarán pronto. No nos acordamos de las sortijas inútiles, ni del alfiler que rutila en el lazo de nuestra corbata; únicamente del reloj.. y en el expeditivo ademán con que nuestra mano lo saca del bolsillo para exponerlo humildemente bajo la lente del tasador, hay algo automático.

Cuando estamos en nuestra casa sucede, lo contrario. Hallándose entre paredes, el reloj se niega a salir, protesta, alega razones, y su resistencia nos somete a perplejidades atroces. El reloj es la voz del hogar, el corazón del hogar. El sigiloso avance de sus manecillas nos acompaña, e indudablemente nos guía. Cuando la miseria se lleve el reloj, nuestra casa se habrá quedado sin corazón.

Acostumbrados a su *tac-tac*, su ausencia expenderá a nuestro alrededor una desoladora emoción de vacío; mientras que antes, al evocar lo que al siguiente día debíamos hacer, el

latir, unas veces amenazador, otras optimista, del segundero, parecía decirnos:

«Yo te avisaré».

¡Ah!.. ¿Qué torvas, qué largas, las noches pasadas en una casa donde no hay relojes; y esa detención que parece experimentar el tiempo, qué buñía, taladrante y heladora noción de eternidad trae a nuestra alma!..

Pues bien, a pesar de estos persuasivos matices sentimentales, y de cuanto mi pobre reloj se resistió a divorciar su suerte de la mía, lo llevé a empeñar.

Serán las once de la mañana, o poco más, y la alegría de las calles soleadas y el buen humor estomacal que me inspiraba la proximidad de un copioso almuerzo, poníanme alas de golondrina en los pies.

Por la calle Provence enderecé mis pasos hacia la Chaussée d'Antin, donde el Monte de Piedad tenía una Sucursal. La Chaussée d'Antin es una de las calles más limpias, lindas y transitadas de París: el suelo de asfalto, los comercios de primer orden y al fondo, sirviendo de término y placer a los ojos, el rincón verde de la plaza de la Trinitad.

Ya iba a entrar en la Sucursal, cuando ví una joven, alta, rubia, menuda en un largo gabán rojo, que avanzaba hacia mí. Sobre el fondo negro y bruido de la acera, por la cual en aquel momento discurrían contadas personas, su figura grácil, a la vez lánguida y alegre, su elegancia cansada, se recortaban graciosamente. Un brusco y noble sentimiento de orgullo y coquetería me detuvo al enfrentar la puerta de la casa de préstamos:

—No quiero—pensé—que una mujer así sepa que voy a empeñar..

Y seguí adelante. Nos cruzamos, y pasamos tan cerca el uno del otro, que sentí en mi brazo el contacto del suyo. Era bonita: tenía la nariz respingueña, las pupilas azules, misericordiosa y triste la línea de los labios, y embriando los cabellos rútilos, casi bermejos, semejante a un copo de nieve caída sobre una hoguera, una boina blanca. Casi inmediatamente miré hacia atrás, y ví, con sorpresa y agrado, que la bella desconocida también volvía la cabeza; pero sorprendida por

mi movimiento apenas me miró. Seguí caminando, deteniéndome ante los escaparates de los comercios. Luego pensé:

«Ya puedo retroceder; ya se habrá ido»...

Di media vuelta, y a poco de andar torné a verla. Lo que yo había hecho acababa de repetirlo ella exactamente; y ahora, que la examinaba mejor, me pareció más interesante. Nos cruzamos, y al mirarnos, ya más confiadamente, yo me reí con los labios y ella con los ojos.

Este curioso vaivén se verificó otra vez, y otra; muchas...

—Estará esperando a alguien—discurría yo.

Según la escena se prolongaba, mayor decisión y empeño ponía mi vanidad en no descubrir a la gentil muchacha mi miseria. La Sucursal se cerraba a la una; eran las doce. Llegué a mirar a la desconocida con rencor; aquella mujer significaba un obstáculo para mí, una especie de prohibición; un espionaje.

«Bien podía haber citado a su amante en otro lado»—pensé.

Y luego:

«Tendría gracia que violera a empuñar y estuviera aguardando a que yo me fuese».

Rato hacía que ambos medíamos el trozo de acera comprendido entre la encrucijada de la calle La Fayette y el boulevard Haussmann, y la calle Provence. Ella paseaba lentamente, con el aire taciturno de quien sabe que ha de esperar mucho tiempo; yo había adoptado igual actitud. Ya no nos sonreíamos, y como nos estorbábamos llegamos a mirarnos hostilmente. La probable simpatía de los primeros momentos evolucionaba hacia el odio. Ninguno de los dos cedería. Paciencia contra paciencia, y a una coquetería, otra. Yo reflexionaba:

«Dichosa mujercita!»

Y ella, según supe después:

«¿Qué hombre tan inoportuno!»

Luego, en aquel aborrecimiento mutuo, asomé una ironía.

«Me parece—mascullaba yo—que si de ese individuo a quien esperas depende tu almuerzo, te quedas en ayunas».

Y la desconocida, ya semiconocida:

«Es usted antipático; le detesto a usted; la mujer a quien seguramente aguarda hará muy bien en no venir».

En uno de estos vaivenes coincidimos los dos delante, precisamente, de la casa donde la Sucursal del Monte de Piedad tenía establecidas sus oficinas. Esta casualidad y la impaciencia que abrillanaba los ojos azules de la joven, me exasperaron; no pude contenerme.

—Señorita...

—Caballero...

—¿Y quién espera usted?

—¿Y usted?—repuso vivamente,

—Yo, a que usted se marche.

—¡Oh!... ¡qué asustada! Yo necesitaba también que usted se fuese.

Creí que se burlaba. Sin embargo, por su rostro resplandeció una tristeza, una melancolía femenina tan elocuente de soledad, de penuria, de hambre, tal vez que me humilló. Vi claro y fui leal.

—Yo iba a empuñar mi reloj, señorita—murmuré.

—¿Es posible? Y a mí que me daba vergüenza...

—¿Pensaba usted pignorar algo?

—Esta sonrisita...

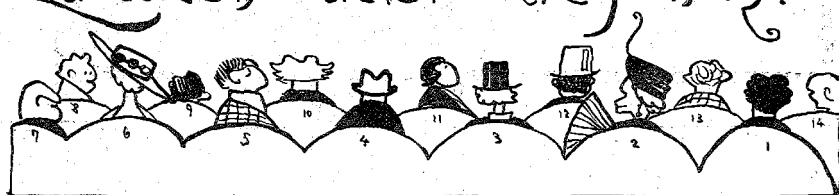
Al mismo tiempo rompimos a reír, y cogidos del brazo, como si nos conociésemos de toda la vida, entramos en el zaguán. Eramos hermanos; hermanos en la dura religión del No Tener, de la Casualidad y del Dolor.

Alma gemela, mujercita de la capa roja y de la boina blanca, tú, como yo, no habrás olvidado aquel almuerzo, el mejor de nuestra vida, talvez, que a los postres, entre carcajadas de veinte años, pagamos a escote...

EDUARDO ZAMACOIS



El Otro
Zamacois actor de film.



LA MUSA DEL ARROYO

I

Cruzábamos tristemente
las calles llenas de luna,
y el hambre bailaba una
zarabanda en nuestra mente.
Al verla triste y dolida
yo la besaba en la boca
—¿Por qué aborreces la vida
risa loca?

No flores, rosa carnal,
que yo robaré el tesoro
de la tiara papal
para tus cabellos de oro.
Y un espíritu burlón
que entre las sombras había
al escuchar mi canción
se reía, se reía. ...

II

De la vieja fuente grata
en el sonoro cristal,
la luna brillaba igual
que una moneda de plata.
Temblaba su mano leve
de blanca y sedosa piel.
—¿Qué bonita cae la nieve. . .

Y qué cruel!
—No tiembles, yo haré un corpiño
para tus senos triunfales
con la pompa del armiño
de los mantos imperiales.
Y un espíritu burlón
que entre las frondas había
al escuchar mi canción
se reía, se reía.

III

Noche de desolaciones,
eterna, que llamé en vano
con la temblorosa mano
en los cerrados mesones.
Llora un violín distante
con tanta melancolía
como nuestra vida errante.

—¿reina mía!
Da tu dolor al olvido,
yo te contaré la historia
de una princesa ilusoria
de un reino que no ha existido.
Y un espíritu burlón
y cruel que en la calle había,
al escuchar mi canción
se reía, se reía. . . .

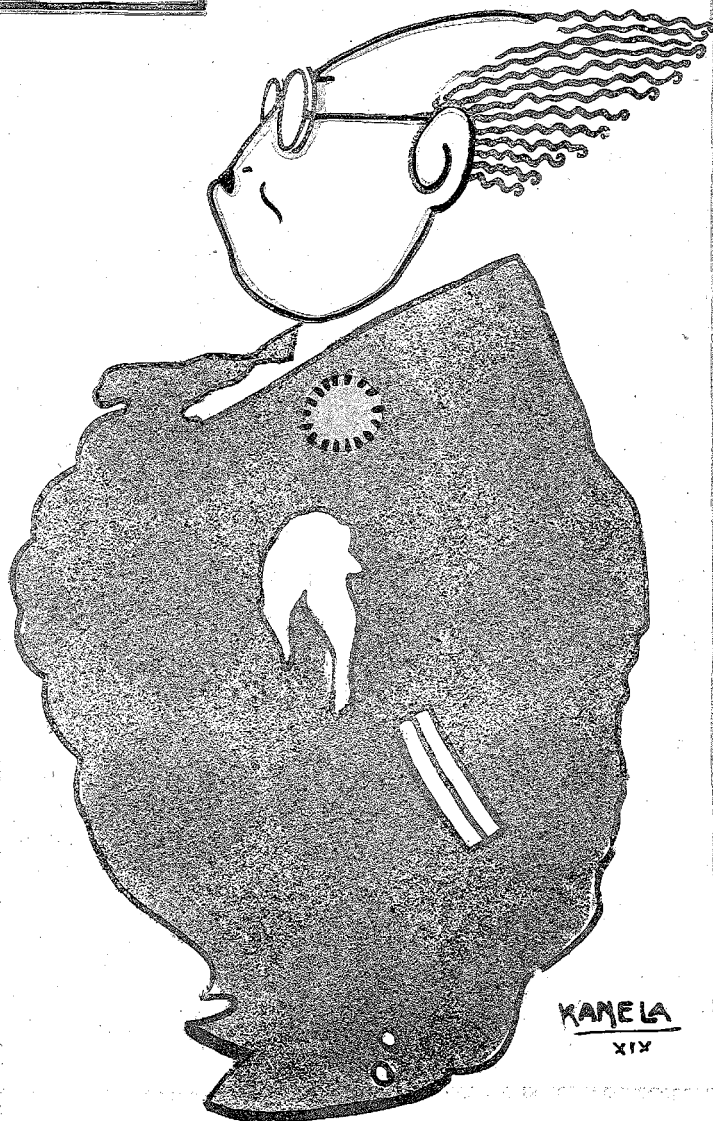
IV

¡Triste voluntad rendida
al dolor de la pobreza!
¡Oh, la infinita tristeza
de la amada mal vestida!
Palabra de amor que esconde
la llaga que va sangrando,
y andar, siempre andar ¿a dónde?

¿Y hasta cuándo?
—Ya apunta la claridad. . . .
Ya verás cómo se muestra
propicia y mágica nuestra
madre, la Casualidad.
Y en la enrocijada umbría
de la suerte impenetrable
La Misericordia, la implacable,
se reía, se reía.

Emilio CARRERE

De la Cámara imberbe



¿Verdad que no..... puede exigirse más Fautyto?

Fragmentos de una carta de mujer

PARA CARICATURA

Desde el inaccesible castillo de mis quimeras, van hacia tí mis pensamientos a interrumpir la placidez de tu vida....

¿Ya no me oyes?—¿Ya no me escuchas?

Dímelo con el ritmo de tu acento que formó un poema inolvidable en la tristeza de mi vivir mortuario....

¡Cuántos recuerdos surgen de aquel paréntesis romántico!—El frío invernal del desencanto anhela todavía, el rayo tibio de aquel radiante sol abrilero, que se filtró juguetonamente en los líricos jardines de mi desolación.... ¿Ya no me oyes?—¿Ya no me escuchas?....

Mira: río con un reír frívolo, loco, palpitante.... Es la tristeza la que sube del corazón y no pudiendo expandirse en lágrimas, hace que ría, con un reír frívolo, loco, palpitante....

Ya no estás cerca de mí. El destino te alejó quizás para siempre y es mi obsesión más perenne mirar tu rostro pálido.... y en mi letal angustia añoro las horas idas con una desilución fatal.... Ya no estás cerca de mí. El destino te alejó quizás para siempre....

¿Me olvidaste? Ya era tiempo! —Tu cabeza loca no tuvo más que frágiles ideas... Y sin embargo hay instantes en que mi alma se aleja para buscarte y sobrecojida por la ola negra del olvido, vuelve a la cárcel sombría de mi pecho, porque no podrá encontrarte nunca, ja.

(Con una bellísima carta, llena de elogios para este semario, hemos recibido estos fragmentos de una carta de mujer, que agradecidos publicamos).

más... ¿Me olvidaste? Ya era tiempo! .

Yo he sido siempre una soñadora incorregible! No es nada nuevo. No tomes mi tristeza como un pesar que me quitará la vida... Siempre sufrí, porque hay almas que vienen de lo ignoto con amarguras nativas y ternuras ancestrales y al cruzar por los senderos del amor y del dolor, llegan a la sombría realidad—doloridas, sollozantes, pero siempre ingenuas e infantiles. No es nada nuevo. Yo siempre he sido una soñadora incorregible. .

¿Recuerdas aquellos días primaverales en que las realidades convirtiéronse en ilusiones al mágico influjo de mentiras ternuras?... Entonces como ahora, reía para ocultar el último desgarramiento por la piedad de unos ojos... por los ensueños irrealizables... por la juventud que se vá... ¿Recuerdas esos días primaverales?....

Te pido tan poco y tan dulcemente! Escúchame: cuando mis frases estén bajo tus ojos no rías de mis locuras, no sufras con mis lágrimas. Seré siempre para tí, la triste, la buena, la sentimental... Tú para mí el behemio que cruzó por mi sendero con un fuego extraño en la mirada y en los labios, un eterno romance de mentiras y quimeras!.. No rías de mis locuras. No sufras con mis lágrimas... Te pido tan poco y tan dulcemente!..

Gloria.

(Por la copia) SOLEDAD. 1919.

OJOS QUE CENTELLEAN

Como estuches incitantes en las manos de un joyero
tus dos párpados se abren y se cierran sin cesar,
y me turba con su brillo luminoso y pasajero
del esmalte de tus ojos el agudo centellar.

Si yo fuera una princesa de la tierra de la Gracia
con la barba y las mejillas recortadas en marfil,
y la frente coronada por la blonda curva lacia,
te dijera como ofrenda de mi exótico perfil:

Oh, mi sumó y bello artífice, oh mi orfobre omnipotente
que de todo lo armonioso recibiste el sacro don:
yo te ruego que me lleves, engarzada eternamente
de tus árabes pupilas en el regio medallón.

María Eugenia Vaz Ferreira.

Uruguaya.

Hombre Pequeñito . . .

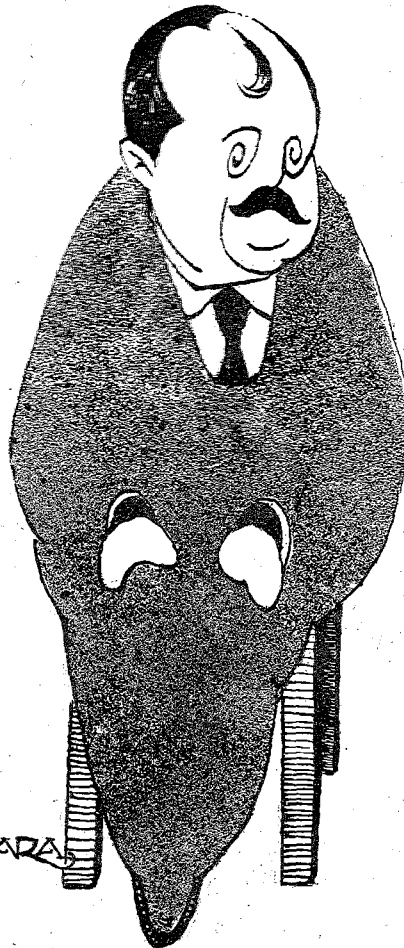
*Hombre pequeñito, hombre pequeñito,
suelta a tu canario que quiere volar
yo soy el canario, hombre pequeñito,
déjame saltar.*

*Estuve en tu jaula, hombre pequeñito,
hombre pequeñito que jaulas me das.
Digo pequeñito porque no me entiendes,
ni me entenderás.*

*Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
ábreme la jaula que quiero escapar;
hombre pequeñito, te amé media hora,
no me pidas más.*

Alfonsina Storni

¿Cómo imberbe...



Tiene pelos y no oye, tiene ojos y no habla,
tiene oreja y no entiende, etc. etc. (de Laja)

Eduardo Zamacois ... en el Sucre ...

Primera conferencia: Galdós — Valle Inclán — Azorín — Baroja —
Trigo — Carrère — M. Machado — Una tertulia en el Lion d'Or.

El lienzo albino, como una promesa, como una interrogación. Y el liero de mujer de los violines, predisponiendo el ánimo de los concurrentes, para los momentos de sabrosa delectación, prometidos por el ilustre novelista de "Tik Nay", "El Otro" y "Europa se va...".

El. Lo anuncia Manuel María Sánchez, con su verbo cariñoso y cálido. Un *gentleman* inglés, que se hubiera hecho tocero. En su primera entrada — que una salva de aplausos le señala — nos parece notar el capote ensangrentado sobre el floc de buen corte, y la coleta del "fenómeno", por entre los cabellos grises del millón.

Mientras Sánchez habla, mientras Sánchez dice el elogio fervoroso y sincero de presentación, Zamacois, escuchado, tóse, se acomoda el fraje y sonríe, ante la vista del numeroso público, que tiene fijos los ojos en él, con reverente y cariñosa curiosidad.

Zamacois, habla. Se adueña del público, desde el primer momento. Y es que por entre la elegancia de su hablar, muy gentil y armonioso, se cuela de regar puñaditos menudos de la buena sal madrileña. Y se produce en el público, esa especie de hilaridad sabrosa que hace acomodarse en la butaca, y aguzar los oídos.

Pocas y agradables palabras, que él denomina prólogo, y la concurrencia es toda del conferenciista.

El incomparable viejo de "Los episodios Nacionales", de "Gloria" y de "Celda en los Infernos", va a ser conocido familiarmente por sus admiradores, gracias a la magia del verbo de Zamacois, y a la magia de la pantalla.

Es él, desde el principio hasta el fin. Le vemos y le oímos al ilustre ciego que vela los destinos inmortales de la raza, desde su plinto del Buen Retiro de Madrid. Su escritura fuerte, mar

cada, de rasgos definidos; y su figura hermética, silenciosa, solemne.

Pone Zamacois, al hablar de don Benito, mucho de emoción, de reverencia devota. "Muezo Tolstov", dice, es Pérez Galdós el primer novelista de Europa". Y añade: "Está a la misma altura que Balzac".

Don Ramón María del Valle Inclán, es la segunda figura de la gran galería del conferenciista. Se produce la ansiedad; es el gran Don Ramón, el Maestro tan admirado y tan querido, el que vamos a conocer muy luego.

Quijotesco, fanfarrón, "clarineante", nos lo presenta Zamacois. El español nativo, orgulloso y pendenciero. Añodotas que lo retratan. Y luego la pantalla, nos ofrece la fotografía del autor maravilloso de "La Lámpara Maravillosa" y "Romance de Lobos"; de las "Sonatas" y "Flor de Santidad". En la cama, trabajando, cincelando sus copones de oro y pedería.

Azorín. Al trío ironista de "Los Pueblos", lo trata Zamacois con un poco de frialdad. Nos parece oírle a ese terrible don Julio Casares, cuando hace la crítica acerva y minuciosa del estilo naturalísimo y "suyo": del gran Martínez Ruiz. ¡Y nosotros que le queremos tanto! Aparece con su rostro afeitado, impenetrable, con ese rostro que no dice nada, y que es como sus Pueblos "sin un árbol, sin un árbol": que diría Noel.

El Sr. Pío Baroja, que tan poco nos quiere, que se empeña en asegurar "que América es un continente estipido", que protesta por el monumento a Maceo y jura "que no es posible que los españoles sean amigos de los cubanos"; fué conocido personalmente por nosotros en la pantalla, y abocorado por la benevolencia de Eduardo Zamacois. El gran escritor, el insigne novelista de "Parador Rey" y de "César o nada", tan descarado y tan

seco, nos fué presentado como un Homero que hace pan...

Felipe Trigo. El malogrado gran novelista, erótico, cerró la serie de prosistas españoles de primera fila. Le vimos en la intimidad, en la apacible y buena calma del hogar, rodeado de una familia alegre, en un hotelito rústico, con flores y con sol, al suicida inmortal.

Fue cálida, fue cariñosa, casi diríamos filial, la presentación que el novelista de "Punto Negro", hizo del novelista de "Alma en los Latios". Alguna santidad espiritual? El iluminado Trigo, fue para nosotros, con el decir de Zamacois, el gran exaltador del amor humano y bueno; del amor que es sonrisa del cuerpo y del espíritu.

Después de un hijero intermedio, los poetas.

Carrère, Manuel Machado y Villa: espesa son, según Zamacois, la última trinidad poética de España. ¿Y Antonio Machado? ¿Y Juan R. Jiménez?

Carrère, el enorme Carrère, que ha tenido la coquetería de venir hasta nosotros, afeitado. El "poeta de la miseria", se nos presenta en un retrato de café, que recuerda al anquilótico *Lelión*. La figura sombría de este gran angustiado, nos recuerda su obra, su gran obra dolorosa, por la que circula el hábito de la miseria y del vicio. Ese "niño enfermizo, palido y mendicante", poeta de los atormentados y de los vencidos, es sin duda alguna, la figura más interesante de la poesía española moderna.

Le vemos, le tenemos muy cerca de nosotros; sentimos tentación de abrazarle.

La palabra pintoresca de Zamacois, nos habla de la vida noctívaga del gran lírico. Y luego, recita hermosa y armoniosamente, tres poemas selectísimos de Carrère, uno de los cuales, "La musa del arroyo", está bellamente ilustrada en el *écran* por el mismo poeta.

Manuel Machado, el predilecto, viene luego. Este gran *bon vivreur* tiene todas las simpatías. Fielmente lo pin-

ta Zamacois, en una charla evocadora de la vida del poeta torero, salpicada de corrientes anécdotas, que lo retratan.

Es él, el mismo Machado que soñabamos: el de los desdenes elegantes, amargos unas veces, y el de los "qué me importa", a la vida. Siempre teniendo para todo, la flor de sus sonrisas armoniosas; y ostentando la suya propia, indolencia de su espíritu refinado. Que la vida se tome la pena de matarme - ya que yo no me tomo la pena de vivir".

Siempre despreocupado, el gran poeta se nos presentó por un momento en el banzo, junto a una mesa de trabajo, al sol y al aire, y desapareció luego.

Zamacois, como él sabe hacerlo, recitó dos hermosas diágramas de Machado, su magistral "Auto retrato", y una bellísima poesía, hondamente sugerente, "Oreño", ilustrada por el mismo altísimo lírico de "Alma".

Por último, Zamacois nos presentó una tertulia de artistas en el Lion D'Or.

Allí, el maestro catalán de «El Místico», Francisco Villaspesa, el pintor de la Andalucía moruna, Julio Romero de Torres, del maestro cronista Antonio Zuzava, el refinado *dandy* de "El Monstruo", el sabroso Répide que asegura que nuestro gran Montalvo es del Perú, Emilio Carrère y el caricaturista Leal da Cámara.

Ha terminado la velada inolvidable. El fervor de los aplausos, sabrá decir al Maestro, la devota admiración y la profunda simpatía que ha sabido conquistarse. Que el grande y admirable *causser* el ilustre Embajador de cultura que nos ha enviado España, crea en el cariño que ha sabido despertar en este país, que admira al eximio escritor, y quiere al hombre, al amigo.

MANUEL BENJAMIN CARRERÓN.

¡A comer con música!

(A PROPOSITO DE LOS DINNER-CONCERT)

Lector; si tienes hambre, lo más *Saint-Saens* que puedes hacer es meterte en un restaurant, sea para Mozart o para *Suppé*, y llamar al camarero, pero tienes que llamar fuerte, porque si no, no te *Audrán*.

Pídele la *Listz*, y haz tú mismo la minuta.

Te aconsejo como más sano, que pidas un *Weber* pasado por agua y luego un *Rubinstein* con patatas, pero de ternera, no sea caso que te lo vayan a dar de *Leoncavallo*.

Algunos higienistas, recomiendan comer algo *Valverde* porque dicen que es muy sano. Yo tendría que *Berlioz* para creerlo y no estará demás que te abstengas si quieres evitar un *Breton* de vientre. No obstante, si tienes empeño en comerlo, pide ensalada, pero aliñala antes con *Donizetti* y vinagre.

Bebe agua pura, o con un poco de alquitrán de *Gounod* que es bueno para el pecho. Nada de vino. El vino es nocivo y puedo asegurarte que a mi *Meyerbeer* la sangre en cuanto lo prubo. Todo lo más beberás una *Copée* y es bastante.

Después de la comida, si con el café *Thomas* algo, que sea una copita de *Chartreuse Verdi*, que vendrá como *Pedrell* en ojo de boticario.

Procura estar en la mesa con decencia y no *Mascagni* a dos carrillos. Bebe despacio. A mí, me da *Grim* ver a cierta clase de gentes, bebiendo con precipitación y

haciendo *Gluck, Gluck*, como si vertiesen el líquido por un agujero.

En la mesa, no te *Schubert* los dedos aunque te gusten las viandas. Esto es muy poco *Bellini* y da una triste idea de una persona, un día que me *Chapt* un dedo me llamaron sucio, y desde entonces no aconsejo a nadie que se los *Chopin*.

Tampoco creo que debes re-
Wagner los platos, no comiendo absolutamente solo, ni *Mancinelli* el mantel con las salsas.

Si en el restaurant, al final de la comida, se armase bronca en alguna mesa vecina, *Calleja* y no digas nada, y *Marchetti* de *Rossini* sin *Paganini* la cuenta, pues no debes ignorar que *Arriago-Boito* ganancia de pescadores.

Eso sí; en cuanto estés en la calle *Arrieta* el paso, no sea que te vayan a cojer con la mano en la *Massenet*.

Algunos creerán que hago mal en aconsejar esto, pero si tú, querido lector, *Vives* con estrechez, ¡*Auber* lo que vas a hacer!

No te importe, pues, que *Albeniz* el camarero a cobrarte la comida se quede *Bizet* al notar tu desaparición y empiece a gritar «¡*Pucini* con el hombre!» ¡No me gusta que *Beethoven* el pelo!»

Déjale que diga lo que quiera. Peor sería que se *Morera* uno de hambre!

Esto es, lector, todo lo que debes hacer, dicho sea sin *Offenbach* a nadie.

J NAUDARÓ.

CARICATURA

necesita Agentes en las provincias de Imbabura, Chimborazo, Bolívar, Cañar, Loja, El Oro, Manabí y Esmeraldas.

Diríjense al Administrador de "Caricatura"

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

Inútil hacerlo sin buenas referencias.

Aceptamos colaboraciones fotográficas de toda la República

CARICATURA hace un llamamiento a todos los intelectuales y artistas ecuatorianos para que colaboren en sus páginas, y tendrá a mucho honor el ser atendida, para llenar su aspiración de ser un verdadero exponente de la cultura nacional. CARICATURA debe ser de todos y para todos.

Se advierte a los suscritores que no han pagado sus suscripciones, que se sirvan hacerlo lo más pronto posible, de otra manera nos veremos obligados a publicar una lista de sus nombres acompañados de las virtudes que les adornan.

De Administración.

Grandes Talleres de Fotograbado

ANEXO
A LA
ESCUELA DE
ARTES
Y OFICIOS



Se garantiza la prontitud y nitidez de los trabajos.

Grabados en uno o más colores, para Diarios, Revistas, Catálogos, Etiquetas, etc.

Instalación Eléctrica Moderna.

Trabajos listos en 40 minutos con los más hábiles operarios.

Teléfono Núm. 7 1 4

Apartado N°: 72

Agencias en el centro de la ciudad:— *Señorita Hortensia Paz Coronel*, Plaza de la Independencia y en el Almacén de Especialidades del *Sr. Eduardo Rivera*, Carrera Venezuela.

CARRERA VENEZUELA

La Mundial

Toda clase de artículos para caballeros

El mejor surtido de casimires
Artículos para señoras,
Blusas, medias de seda negras
etc, etc.

TELÉFONO 3 9 5

LITOGRAFIA NACIONAL

En los talleres de grabado y litografía que funcionan en la casa de la Escuela de Bellas Artes se trabajan carteles, facturas, cheques, recibos, partes de matrimonio, planos, mapas, viñetas y etiquetas de toda clase en negro y en colores. Trabajo garantizado y precios sin competencia.

Para todo lo relacionado con los talleres, entenderse con el comisionado del Ministerio de Instrucción Pública, Sr. Dn. Augusto Proaño.

CARICATURA

A SUS FAVORECEDORES:

Habiendo adquirido los mejores productos de las últimas Exposiciones, agrícola, industrial y artística; "Caricatura" ofrece a sus favorecedores, agentes y suscritores, el primero de Enero de cada año,

una infinidad de Premios

pudiendo cada persona escoger uno entre los siguientes premios: veinte caballos fina sangre, cuarenta toros reproductores Holsteín Fresian, cuarenta cerdos Poland China, veinte estatuas de mármol, preciosos cuadros, relojes de oro, y billetes de cincuenta sures.

Suplicamos, eso sí, que todos los suscritores que aún no han cancelado sus recibos, y las demás personas que tienen cuentas pendientes, las cancelen y arreglen lo más pronto posible, pues, de otra manera, no será posible, darles los premios de primero de Enero.

Teléfono 3 9 0

Apartado 2 9 7

Manuel M. Rojas

Confeciona toda clase de vestigios al gusto más exigente.—Especialidad en trabajos para militares.



Cigarrillos

"CORONA"